



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: José Martí, político revolucionario

Autor: González, Ismael

Forma sugerida de citar: González, I. (1995). José Martí, político revolucionario. *Cuadernos Americanos*, 3(51), 83-91.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 51, (mayo-junio de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

JOSÉ MARTÍ, POLÍTICO REVOLUCIONARIO

Por *Ismael* GONZÁLEZ
AGREGADO CULTURAL DE LA EMBAJADA
DE CUBA EN MÉXICO

CONOCER PROFUNDAMENTE a José Martí resulta una de las vías a nuestro alcance para actuar conscientemente e influir en el devenir de los países de Nuestra América en aras de una suerte mejor para sus pueblos. Con esa convicción es que compartiré algunas reflexiones que nos acercan al pensamiento y al quehacer políticos del más universal de los cubanos.

Es su proyección política pilar fundamental y a la vez síntesis de toda su acción, y en política —como en cada una de las aristas que querramos penetrar— Martí se nos revela raigalmente revolucionario, en tanto va a lo nuevo, a lo que nace, penetrando hasta la raíz de los diversos asuntos de su interés, de manera de extraer visiones originales que permitan el avance o la solución de los apremiantes problemas que le ocupan en lo que empeña el más consecuente vínculo entre su palabra y sus actos.

En 1892 José Martí fundaba el Partido Revolucionario Cubano, construcción política mayor, de peculiar novedad y alcance, con el propósito expreso de ‘lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico’.¹

Para entonces, ya era ante todo un latinoamericano, vocación gestada durante su rica y decisiva primera estancia en México, a la que sus días guatemaltecos imprimirían la conciencia bolivariana de una utopía posible, y que más tarde, en Venezuela, alcanza su definitiva plenitud. Será precisamente ante la necesidad de abandonar Caracas, en 1881, que escribe: ‘De América soy hijo: a ella me debo’.

¹ José Martí, ‘Bases del Partido Revolucionario Cubano’, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, vol. 1, p. 279.

Vendría entonces su permanencia en Nueva York, de tanta significación para el desarrollo de su pensamiento. La evolución de sus ideas en estos años de intensa actividad recibe el influjo de múltiples acontecimientos de la vida científica, literaria y, sobre todo, política y social, que transcurrieron en estos casi catorce años.

Son éstos los años en que su servicio a las hermanas repúblicas latinoamericanas va a expresarse en su desempeño como cónsul de Argentina, Paraguay y Uruguay en aquella ciudad. Y es precisamente en esta condición que recibe desde Montevideo el mandato de participar como delegado en la Conferencia Monetaria Internacional, a efectuarse bajo los auspicios del gobierno de Washington en "aquel invierno de angustia" de 1891, como lo refiere dramáticamente al iniciar sus *Versos sencillos*.

Aquella experiencia —para él mucho más que una mera representación diplomática— serviría a Martí para afianzar conceptos de perdurable valor en el quehacer de nuestra región, en primerísimo lugar, acerca de la necesaria unidad latinoamericana y de la vocación universal que habría de presidir tal voluntad, en oposición al panamericanismo propugnado por el naciente imperialismo norteamericano.

De aquellas jornadas surge la crónica para *La Revista Ilustrada de Nueva York*, en la que leemos estas líneas:

Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otros es separarlo de los demás pueblos... ni uniones de América contra Europa ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga... a unión política... la Unión, con el mundo y no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.²

De tal manera el organizador de la "guerra necesaria" por la absoluta independencia de su patria, en la que caerá en combate pocos años más tarde, revela estrategias y tácticas que han estado presentes, una y otra vez, en la historia americana del siglo que finaliza, las que precisamente hoy, al disponernos a iniciar un nuevo milenio —justo cuando en el mundo se han producido drásticos cambios— resultan en su legado mensajes cardinales, no sólo para la salvación de nuestros pueblos, sino también para encarar con dignidad su futuro.

² José Martí, "La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América", *OC*, vol. 6, p. 160.

Es en este contexto que nos corresponde a los latinoamericanos de hoy asumir los análisis, decisiones y actos que contribuyan a estos propósitos cimeros de nuestra existencia, sabiéndonos depositarios de una historia que demuestra que hemos de andar juntos. Cito: "Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y el ímpetu de su brazo, para cumplirlo; y quieren cumplirlo".³

Tal aseveración fue suscrita en 1895 por el delegado del Partido Revolucionario, José Martí, y el general en jefe del Ejército Libertador, el dominicano-cubano Máximo Gómez, en carta enviada al director del *New York Herald*.

Sin embargo, nadie puede dudar, al escucharlas, que estas ideas son refrendadas por quienes en estos días se desenvuelven como protagonistas del proceso revolucionario que tanta atención concita en la tierra natal de Martí. Y es que si algo nos ha aportado el siglo transcurrido desde entonces, es que a la "posición geográfica" que demandaba ya el deber urgente de los cubanos, se ha sumado la posición política que hoy define a Cuba, generada por una peculiar evolución histórica que propició la aparición del socialismo en el hemisferio occidental.

En las raíces que sustentan esta nueva realidad hemisférica se advierte la presencia creadora del ideario martiano, que permitió encauzar un proceso que resolvió definitivamente el problema de nuestra independencia, y ésta, como ya Martí había advertido, "no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu",⁴ para indicar a renglón seguido: "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores".⁵

Apreciemos que al articular aquí las ideas de la independencia (esencialmente un "cambio de espíritu") con el establecimiento de un "sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores", no sólo Martí está evaluando y proponiendo en función del caso cubano a la sazón, pues tales juicios están contenidos en su modular ensayo "Nuestra América", cuyo valor programático y dramática vigencia aconsejan su relectura en esta hora continental.

³ José Martí, Carta al director del *New York Herald*, OC, vol. 4, p. 153.

⁴ José Martí, *Nuestra América*, Edición crítica, La Habana, 1991, p. 19.

⁵ *Ibid.*, pp. 19-20.

Asimismo, no se circunscribe Martí a la metrópoli española, aún en posesión de Cuba y Puerto Rico en nuestra región, pues quien tiene ante sí las batallas que aportarían la estrofa que él advertía faltaba para completar el gran canto de la gesta bolivariana, expresa en ese mismo texto: “El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América. Y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe”.⁶

Es el autor de “Nuestra América” conocedor profundo de los males que aquejan al continente, de aquellos que le vienen de sí y de los que le imponen e impelen quienes disputan y anhelan su dominio. Como conoce también de las reservas y potencialidades de la región, de sus riquezas y su fuerza moral, en la que tanto cifra su esperanza.

Son éstas, en nuestra comprensión, algunas de las ideas afines e inmediatas al concepto de equilibrio del mundo —que por su significación en el pensamiento político de José Martí seguiremos como eje conductor en lo adelante— cuyo progresivo desarrollo a lo largo de su vasta obra escrita propiciará que nos detengamos en momentos cardinales del quehacer de este revolucionario radical, cuyo valor se revela una vez más en el contexto de las actuales circunstancias.

Sin duda, fruto de su filiación latinoamericanista y de su penetrante observación del devenir capitalista norteamericano, emerge el concepto de equilibrio del mundo precisamente —y no de manera casual— en el año de la Conferencia Internacional Americana (Washington, 1889), de la cual fue cronista mayor y acucioso desentrañador de las “razones ocultas” de aquel convite.

Leamos una de sus cartas a *La Nación* de Buenos Aires:

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas... mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarse el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.⁷

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ José Martí, Carta al director de *La Nación*, OC, vol. 6, p. 56.

Y más adelante, desde su antiimperialismo consecuente, va a preguntar: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?”.⁸ Es hacia el final de este propio artículo donde aparece enunciado, por primera vez, el concepto que nos ocupa, para situar el equilibrio del mundo en “la América Española”.

Considero lícito plantear la vigencia de las interrogantes antes referidas, a la luz de la recomposición de la realidad internacional que tiene lugar, en la que la competitividad y dinámica de los grandes conglomerados regionales elevan el nivel de riesgo para nuestros países, lo cual nos compele a una real y práctica concertación de propósitos y acciones. Es cierto que este camino está plagado de dificultades, como cierto es que nunca como ahora nuestros pueblos habían emergido con mayor ímpetu desde su identidad para emprender iniciativas que superen los desafíos que enfrentamos, con la legítima aspiración de convertirnos en un interlocutor con plenos derechos en el escenario mundial, de manera que logremos encarar unidos los más apremiantes problemas globales de nuestra época.

En cuanto a la noción de equilibrio del mundo, tal como en esta primera aparición se aprecia, resulta la expresión de una conciencia de las condiciones político-económicas predominantes a escala internacional, en las que se muestran los “apetitos y odios del mundo”; a la vez, se integra a ella la noción martiana de que somos región portadora de una compensación histórica capaz de oponer al espíritu de explotación, expansión y dominio los sentimientos de abnegación y sacrificio en favor de los demás, capacidad propia de pueblos que funden en sí ideas y sentimientos.

Será en las propias “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, al enunciar los objetivos de su fundación, que encontramos nuevamente esta noción de equilibrio; y en este propio año de 1892, al expresar las razones de su aceptación del “oficio de Delegado” del Partido, incluye que lo hace: “porque... da poder expreso para contribuir, con la independencia de los últimos pueblos esclavos de América... al equilibrio y crédito necesarios a la paz y justicia universales, de las naciones de la lengua castellana de América”.⁹

⁸ *Ibid.*, p. 57.

⁹ José Martí, “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de West, Tampa y Nueva York”, OC, vol. 1, p. 439.

Apreciamos en estas líneas, cómo quedan asociados mediante nexo orgánico en la estrategia del Maestro, sus quehaceres por la independencia de Cuba y sus afanes latinoamericanistas, entre los que la unidad de nuestros pueblos resulta fundamento de equilibrio continental e incluso universal, en la medida que asegura la existencia misma de la región, como había sabido advertir mediante lógica impecable desde años atrás, pues si “la desunión fue nuestra muerte... de la unión depende nuestra vida”.¹⁰

A ello se añade su certeza de que nuestra unión condiciona la viabilidad de nuestros vínculos con todo el mundo “y no con una parte de él”, capacidad íntimamente ligada hoy no sólo a la soberanía, sino también a la posibilidad de concertar acciones que favorezcan nuestras relaciones, en plano de igualdad y mutuo beneficio, con un mundo cada vez menos preparado para favorecer la verdadera solución de nuestros acuciantes problemas.

En su trascendente trabajo “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano” (1894), alcanzará nuevo y definitivo momento el concepto que venimos atendiendo, dado por la primordial significación que en esas páginas se otorga a las Antillas —y particularmente a Cuba y Puerto Rico— respecto del equilibrio del mundo.

Necesariamente hemos de detenernos ante varios pasajes de este texto mayor:

Bella es la acción unida del Partido. . por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores y como fiel del mundo.¹¹

Más adelante va a expresar:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder... y si libres serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte.¹²

¹⁰ José Martí, “Guatemala”, *OC*, vol. 7, p. 118.

¹¹ José Martí, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *OC*, vol. 3, pp. 138-139.

¹² *Ibid.*, p. 142.

Son varias las ideas que merecen ser retomadas a la luz de la experiencia que los años transcurridos desde entonces nos aportan, mas nos atendremos a las que de manera inmediata conciernen al tema de nuestra atención.

Tales anticipaciones martianas a los acontecimientos de la primera guerra imperialista del orbe —escenificada en 1898 a partir de la intervención norteamericana en la Guerra Hispano-Cubana— subrayan, a mi juicio, el espacio que en nuestro tiempo histórico hemos de defender como contribución al equilibrio y a la independencia de nuestra América, saqueada, intervenida y expoliada mediante instrumentos y métodos cuyo registro abarca desde lo sutil hasta lo brutal, soportes de un estatuto neocolonial incapaz de ofrecer margen para proyecto alguno que atente contra el orden (o desorden) dispuesto por el capitalismo dependiente que caracteriza la región, con las significativas excepciones del caso colonial de Puerto Rico y del socialismo cubano.

Por otra parte, tales ideas evocan hoy los conflictos de supremacía que se escenifican a escala mundial: frente a Estados Unidos, una Europa cada día más integrada y un Japón en apogeo pugnan en la órbita del capitalismo desarrollado en el actual reordenamiento del esquema de organización de las relaciones internacionales a que asistimos, ante el cual cada uno de nuestros países por separado poco significa, aunque persistan sobre ellos iniciativas cuya esencia ha mostrado su ineficacia en más de una invitación similar precedente. Cantos de sirena capaces, sin embargo, de confundir a unos y servir de pretexto a otros, sin que se logre detener la sostenida tendencia a la concentración de mayores riquezas cada vez en menos manos, a costa de agravar la pobreza y el hambre en crecientes sectores de nuestra población, a la par que transcurre una progresiva transnacionalización y venta de nuestros recursos y del patrimonio público.

Para los cubanos, las alternativas que ofrece el Maestro para las Antillas en las palabras antes citadas, nos acercan íntimamente a aquella carta inconclusa, devenida testamento político, escrita en la proximidad de las tropas españolas a escasas horas de caer mortalmente herido en desigual combate. En ella expresa a su gran amigo mexicano Manuel Mercado: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.¹³

¹³ José Martí, Carta a Manuel Mercado, OC, vol. 4, p. 167.

Esa responsabilidad se halla hoy presente en la conciencia social del cubano, en la que un raigal antiimperialismo y el afianzamiento de la identidad latinoamericana se han interpenetrado y robustecido, para devenir la mejor garantía de la preservación y defensa de la independencia y soberanía de la nación.

Su talla de estadista y de estratega consecuente en sus actos hará que la aparición última del concepto de equilibrio del mundo, en la órbita política de Martí, sea precisamente en dos documentos diferentes en fines y forma, suscritos ambos en tierra dominicana el 25 de marzo de 1895, iniciada la contienda en los campos de Cuba un mes atrás y próximo a entrar él mismo en el teatro de operaciones de la guerra.

Escribe en carta dirigida a Federico Henríquez y Carvajal: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.¹⁴ Y en el “Manifiesto de Montecristi” vamos a leer: “La guerra de independencia de Cuba... es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo”.¹⁵

Reafirma Martí en estas líneas el alcance continental y universal —en tanto humano— de la causa cubana, y aprecia que el ordenamiento mundial es aún susceptible de ser influido, como pudieran hacerlo unas Antillas libres, que “acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

No hemos de pasar por alto su apreciación de que al heroísmo antillano lo acompaña el juicio, noción que destaca la importancia concedida por el Maestro a la razón, aún en el momento de mostrarse heroico. Ni qué magnífica oportunidad —perdida, por cierto— advierte para salvar “el honor ya dudoso y lastimado de la América sajona”. Como tampoco hemos de soslayar el nexo que revela entre la firmeza —que habrán de mostrar como virtud nuestras naciones— y el trato justo —que éstas recibirán de los poderosos— como resultado del oportuno servicio antillano, dialéctica cuya esencia se ha manifestado en más de una ocasión en estos años de historia americana y que es preciso tengamos presente mu-

¹⁴ José Martí, Carta a Federico Henríquez y Carvajal, *OC*, vol. 4, p. 111.

¹⁵ José Martí, *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario a Cuba*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1985, pp. 26 y 28.

cho más en esta época de definiciones de tanta implicación para el devenir.

Prestos a la acción conjunta en esta hora, en que aún es vacilante el equilibrio del mundo y crecen a la vez nuestros riesgos, posibilidades y deberes, qué contemporáneo resulta nuestro Martí cuando nos dice:

Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos, adivinamos en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto.¹⁶

¹⁶ José Martí, "Buenos Aires. Mensaje del presidente de la República al Congreso. Paz, escuelas, inmigrantes, ferrocarriles", *OC*, vol. 7, p. 325.